

zo a ser incluido dentro de la corriente de la fotografía pictorialista, con la que en tantas ocasiones ha sido relacionado. Y es que Echagüe superó el debate que mantuvieron, durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, los académicos pictoricistas y los defensores de la vía pictorialista. Fue un aficionado a la fotografía —había estudiado ingeniería militar— que supo ir mucho más allá de lo *amateur*, y tanto fue así que aun hoy día es considerado, por muchos, el mejor fotógrafo español.

La exposición se estructura de forma tradicional, y el tono ceniza escogido para las paredes armoniza con la escala de grises de las fotografías que en ellas se exhiben. En conjunto es una muestra sencilla, sobria y, por combinación de ambos aspectos, resulta elegante. Está compuesta por una selección de cuarenta y seis fotografías que atraviesan la producción del artista, que él mismo clasificó en cuatro libros, también presentes en la muestra: *Tipos y trajes* (1930), *España, Pueblos y Paisajes* (1939), *España Mística* (1943) y *España, Castillos y Alcázares* (1956); además de obras pertenecientes a la serie de *Marruecos*.

A través de la obra de Ortiz Echagüe, descubrimos las costumbres, atuendos y horizontes de la España (más) profunda, donde pervivieron una serie de realidades allende los límites del tiempo, donde el paisaje, las gentes y sus costumbres resistían estoicamente al paso de los años. Las imágenes que contemplamos son resultado de la afanada búsqueda de la pervivencia de una forma de ser, característica y única, con la que el autor identificaba “lo español”. Queda patente la fascinación con que Echagüe miraba los pueblos y paisajes de España: los alcázares, los castillos y las ruinas. En ese aspecto, su obra es muy cercana al sentir y las preocupaciones presentes en la obra de los componentes de la Generación del 98, de la que ha sido considerado representante, en el campo de la fotografía.

El interés de Ortiz Echagüe no estuvo tan puesto en captar la realidad como si habría estado en construirla. Para ello, seleccionaba tanto el lugar donde se realizarían las fotografías como a la gente que en ellas aparecería, y, por supuesto, los atuendos que debían vestir. Las imágenes resultan, gracias a todo ello, a los efectos de positivado y al papel Fresson, una realidad de ensueño que parece sacada de la imaginación de un pintor, con un acabado que se asemeja al de la acuarela, y capturando en el papel una profundidad de aspiraciones metafísicas. A través de las fotografías de José Ortiz Echagüe, la vista alcanza a ver lugares donde el tiempo duerme y donde la realidad es una ilusión. Consigue construir un mundo imaginario en el que vuelca los ideales del espíritu liberal de su época: evoca Castilla como la expresión de la España ideal, y dota de “espíritu” y “alma” sus paisajes, y carga de Historia a sus personajes.

PELAYO RUBIO RODRÍGUEZ
Instituto de Historia, CSIC

FRANCISCO PRADILLA ORTIZ (1848-1921)

Zaragoza: La Lonja, 8-X-2021 a 9-I-2022

Las conmemoraciones suelen convertirse en magníficas oportunidades para analizar los personajes más sobresalientes de nuestra historia. En especial, si de dicha celebración se ocupan especialistas en la personalidad a rememorar y entidades con la solvencia profesional necesaria para llevar a buen puerto semejantes iniciativas.

Ambas circunstancias concurren en la muestra dedicada a Francisco Pradilla Ortiz, con motivo del I Centenario de su muerte, con la que el Ayuntamiento de Zaragoza ha rendido homenaje a uno de los artistas españoles más célebres en el tránsito a la modernidad pictórica europea: el aragonés afincado tempranamente en Madrid, quien fuera director de la Academia de España en Roma y del Museo del Prado, gracias al trabajo del mejor especialista en su figura: el historiador del arte e investigador del CSIC Wifredo Rincón García, cuya acreditada experiencia investigadora y profesional es de sobra reconocida por la historiografía artística. La muestra ha sido instalada, además, en el buque insignia cultural del consistorio zaragozano, la hermosa Lonja renacentista, sita entre la basílica de Nuestra Señora del Pilar y la catedral de San Salvador.

El elocuente título elegido no deja lugar a dudas sobre los propósitos de la exposición: mostrar la producción artística del aragonés a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, durante la cual logró éxito y reconocimiento, desempeñando además algunos cargos importantes en la política cultural de la época como la dirección de la Academia española en Roma o la de la gran pinacoteca nacional: el actual Museo del Prado.

Nacido en Villanueva de Gállego, el 24 de julio de 1848, con apenas catorce años comenzó su formación artística —en el taller del escenógrafo y pintor Mariano Pescador y en la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza—, recalando pronto en Madrid, donde completó su aprendizaje: tras acudir al Museo del Prado, desde 1868-1869 se matriculó en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, asistiendo a clases con el pintor

Madrazo. Y enseguida, en 1874, logró una beca que le permitió instalarse en la recién creada Academia de Bellas Artes de Roma, como pensionado de número por la pintura de historia.

Fue precisamente este género el que le valió su mayor reconocimiento en las Exposiciones Nacionales e Internacionales —medallas de honor en la Exposición General de Bellas Artes de Madrid y Universal de París de 1878, por su emblemático lienzo de *Doña Juana la Loca*, entre otros galardones—, el aplauso de la crítica y su fortuna en un mercado artístico escasamente floreciente. Ello no obstó para que a lo largo de su dilatada trayectoria profesional abordase otros géneros —costumbrismo, asuntos mitológicos y alegóricos, retratos y paisajes— en los que igualmente descolló, mezclándolos con frecuencia en algunas de sus más significativas composiciones.

Todos ellos están presentes en la muestra, cuyo discurso museográfico plantea un recorrido cronológico a través de sus creaciones, en las que se percibe las diferencias estilísticas que fue transitando, partiendo de su pericia técnica y su querencia por el dibujo que, sin embargo, difuminó cuando le pareció oportuno. Un recorrido que comienza en 1867 —cuando el pintor contaba tan solo con diecinueve años— y concluye en 1920, un año antes de su muerte, incluyendo un amplísimo conjunto de casi dos centenares de piezas —187 obras en concreto—, entre óleos, acuarelas y dibujos, de las cuales casi la mitad no se habían exhibido nunca.

Entre la acertada selección de obras, pueden contemplarse las piezas más significativas concebidas a lo largo de su trayectoria, representativas de los distintos temas que cultivó, acompañadas en muchas ocasiones —y ello constituye un indudable acierto— de sus correspondientes bocetos y dibujos preparatorios.

Presididas por sus autorretratos —un instrumento esencial para conocer al propio artista— y junto a elo-cuentes textos del pintor —otro acierto expositivo— se exhibe un importante grupo de pinturas de historia, entre las que destacan de su primera época: *Doña Juana la Loca* (1877), *La rendición de Granada* (1882) o *El suspiro del moro*, esta última fechada ya en 1892; junto con otras obras posteriores como *La reina doña Juana la Loca, recluida con su hija la infanta doña Catalina*, datada en 1906, o el *Cortejo del bautizo del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, por las calles de Sevilla*, concluida en 1910.

Junto a ellas, alternándolas en su puesta en escena, llama la atención un conjunto de paisajes, entre los que es obligado mencionar los dedicados a las Paludes Pontinas, un territorio al que Pradilla dedicó abundantes representaciones —entre otras algunos significativos atardeceres— y al que en 1903 se refería como una “... Tierra triste y misteriosa en invierno; a veces de aspecto desolado, cubierta en otros de sombríos bosques poblados por jabalíes, ciervos, búfalos y toros medio salvajes, presentase en primavera como un mar de flores, mientras que en el verano reina señora la fiebre, diezmando a los pobres pastores y aldeanos que tienen que permanecer para ganar su pan en aquellas regiones pestíferas...”. Junto a ellos, destaca otro grupo dedicado al Monasterio de Piedra.

Igualmente notables son las escenas costumbristas, representando gentes y territorios bien distintos —las ya citadas Paludes Pontinas, Vigo, Noya o Madrid—, en las que las mujeres ocupan un papel hegemónico. Al igual que sucede en los retratos, en los que es preciso mencionar los dedicados a su hija Lydia.

Tamaño exhibición ha sido posible gracias a la colaboración de un amplísimo conjunto de museos y colecciones públicas y privadas, convenientemente reseñadas en el catálogo, de cuidado diseño, que contiene una amplia biografía de Francisco Pradilla, un interesante análisis de su obra, un minucioso repertorio bibliográfico, y el catálogo de las obras expuestas, acompañadas de un sustancioso y preciso comentario individual.

Todo ello firmado por el comisario de la exposición, el Dr. Wifredo Rincón García, profesor de investigación del CSIC en el Departamento de Historia del Arte y Patrimonio del Instituto de Historia, de Madrid; un reputado investigador e historiador del arte, reconocido especialista en la obra de Francisco Pradilla, personaje sobre el que lleva indagando desde 1979 y sobre el que ha publicado dos importantes monografías —*Francisco Pradilla*, Editorial Antiquaria, Madrid, 1987; y *Francisco Pradilla*, Aneto Publicaciones, Zaragoza, 1999—, amén de algunos artículos y catálogos. Una extensa producción, inserta en el seno de la amplísima y reconocida trayectoria profesional del autor, que ha hecho posible la magnífica exposición reivindicando la producción artística de uno de los más importantes pintores del arte español en el tránsito a la modernidad.

CONCHA LOMBA SERRANO
Universidad de Zaragoza